

Cómo se entierra a un Obispo (*)

Su Ilustrísima Herrera, andaba mal. El disgusto con sus monjas— las palmas trocadas en espinas—; los roces con la Inquisición, que aun convencida de la calidad angélica del Prelado no evitaba los enredos y trifulcas en que andaba siempre metido su Secretario de Cámara, y aún que otro alfilerazo saetero, que de cuando en cuando le disparaba su Cabildo, traíanle a mal traer; con el morro gacho. Y hallándose sin calma y sin razón, decidió ir a buscar ambos sedativos en el aire bíblico de Telde. Y abrigó intenciones de afincar en la vieja ciudad sureña por tiempo indefinido. Allá fué, por vía de la mar, la reliquia simbólica de su carroza, para que le sirviera de vehículo, entre la admiración del universo mundo, en sus visitas a familias de escudo y ejecutorias. Para vivienda del señor Obispo se acondicionó la casa parroquial de San Juan Bautista.

Pero hasta en esta morada del olvido le persiguió el desasosiego. El Santo Oficio y el Cabildo, cada uno por su lado, le achacaron el haber fomentado la arrogante desobediencia de los Beneficiados del lugar a la Superior autoridad del Cabildo en un enredado pleito que a la sazón sostenían.

Pero el gran disgusto, el que costó la vida a Don Fray Joaquín, fué este: En la noche del 24 de agosto de 1783, un grupo de enmascarados asaltó el Palacio Episcopal de la ciudad de Canaria. Era entre las doce y la una de la noche. Los ladrones, rebasadas las tapias de la huerta, forzaron las puertas que daban a los patios interiores. Maniataron y amordazaron al portero en su aposento, y con paso de seguro conocimiento, una vez dejados centinelas de vista, aportaron al dormitorio del tesorero y secretario personal de fray Joaquín, y primo suyo, un montañés sanote y asustadizo, llamado fray Bonifacio. Convenientemente despabilado el viejo monje Bernardo, intimáronle los visitantes, al aire las lenguas temerosas de sus cuchillos, a que, sopena de la vida, les entregara las llaves del Tesoro.

(*) Del libro inédito: "El Obispo Verdugo. Su tiempo. El retrato que se atribuye a Goya".

Algo dura resultaba la cosa para un fraile. Pero estaba organizado el asalto tan a lo perfecto, que no pudo peirse más. Su paternidad, teniendo en cuenta que el acero, sin excusas, buscaba su garganta, dió un respingo; y con un suspiro tan hondo como su pena, entregó la avariciosa llave. Allí, en onzas de quimera y en plata de desmayos, la cifra, consoladora para la extraña visita, de cuatro mil quinientos pesos.

Y conseguido su fin, allí quedaron, solos y amordazados, los criados del Obispo, hasta la siguiente mañana en que, con el natural escándalo, ios halló el concurso palaciego.

Al enterarse Su Ilustrísima de hecho de tan inaudito hecho, de que no había papel ni crónica en la tierra, sufrió un "insulto", con el retroceso consiguiente en todos sus alifafes. Y regresó a Canaria enseguida. El día 3 de diciembre de aquel año, entró en la agonía y al siguiente día, a cosa de las diez de la noche, entregó su alma a Dios, Nuestro Señor.

El Cabildo andaba nervioso. Las viejas rúbricas no registraban honras por muertes de Obispos sino allá por los años de 1613. Y las cosas habían cambiado. Era necesario dar tono de autorizada y moderna solemnidad. Y de grandeza.

Recorte de aquí, sugerencia de allá, organizaron el fúnebre espectáculo en la forma que veremos y dejó consignado, como sólido e indeleble precedente, el cuidado, meticoloso y chinchorrero, del campanudo don Isidoro Romero Ceballos, en sus sabrosísimos "Apuntes" inéditos.

La noticia de la gravedad absoluta de su Prelado llególe al Cabildo en los instantes precisos en que daba sepultura en su Catedral al Deán electo, Don José Marcos Verdugo y Albiturría. Era el día 3 de Agosto.

Su Ilustrísima se marchaba sin remedio. Los vahidos y accidentes se sucedían en cadena, desencadenándolo de humanos asideros. Y acordóse la administración de los Santos Sacramentos.

Allá, en las sombras angustiosas de su Cámara, renovaba Don Fray Joaquín, en instantes de lucidez, la jubilosa entrada en la Diócesis en aquella mañana de fuego del 12 de Julio de 1779. El entusiasmo gritón de sus siempre apacibles ovejas, hoy "empenicadas" de gozo, mientras le acompañaban del Puerto a la ciudad. Su consagración solemne en la Corte, donde le sirvió de padrino el nobilísimo Marqués de Astorga. Sus doce años de Predicador Mayor en la Universidad de Compluto. El Generalato de su Orden en Castilla, que con tanta discreción como honra ostentara. Y más lejos, en el fondo diluido de todo, la égloga amada de su tierra cántabra. La Montaña querida, con el verde limpio y húmedo de sus prados y pomaradas. Y el fondo lejano del mar, de limpio acero...

Y aquí, en la Isla, su primer Pontifical en aquella apoteósica función de Santa Ana, el 26 de Julio del 79. Las monjas de San Bernardo, locas de júbilo por contar con un primer prelado diocesano de su Orden,

le enviaron, como homenaje, una Mitra de palma, de labra tan fina y maravillosa, que la usó S. I., simbólicamente, en aquel su primer Pontifical isleño. Y acompañando a la Mitra, una fuente inmensa de "Suspiros de monja", compuesta por la gran amiga de aquella casa, "Madama" de Viera (Doña María), que tal se hacía llamar esta señora en sus escritos. La octava, encajada a perfección en los gustos de la época, era esta:

Por Vos, ilustre Padre muy amado,
 Vuestras hermanas, en unión sincera
 Pidiendo a Dios enviase su Prelado
 Con ayes tristes conmovían la esfera.
 Ya os tenemos, Señor, ya se ha calmado
 La inquietud de un espíritu que espera.
 Ya de nuestros "suspiros" la amargura
 Vuestra presencia convirtió en dulzura.

Luego, vinieron los vinagres. Las monjitas eran cabezonas y políticas. Y estaban mal acostumbradas. Los disgustos arreciaron con la elección de Abadesa y con las banderías y trapisondas de tornos adentro, por ciertas preferencias en la elección de confesor, que aumentaban los chismorreos de plázuclas y tertulias. Quiso el Obispo, como era justo, cortar tamaño alboroto y las monjas, pese a sus balidos de humildad y a sus empalagosos suspiros, recurrieron a la Corte en defensa de sus derechos contra la autoridad episcopal. Y entre todo el fandango dieciochesco el retozo pícaro y movido de la sátira que contra las señoras bernardas dió a luz, bajo el pseudónimo de "Fray Díaz", el secretario Torres, enredador y chismorrero... Y ahora, al final, este robo sospechoso de sus caudales...

Terminado el Coro, el Cabildo dió órdenes para sacramentar a S. I. Dióse, solemne, la seña de salir Su Divina Magestad bajo palio y toda la ciudad se hundió en el silencio de una espera dolorosa. En las sacristías, prebendados y racioneros se endosaban sobrepellices y empuñaban blandones, entre resoplos de siestas mal acabadas.

Y se formó la procesión. El aspecto era espléndido. Dos alas inacabables, con el Cabildo en pleno: Los seminaristas, con su cuerpo de profesores. Los señores Caballeros Títulos de Castilla, y los de las Ordenes. Tras el Cabildo, que iba precedido del guión rico, flanqueado por inmensas y barrocas farolas de plata, el Chantre, bajo palio, ricamente revestido, portando el Sacramento Augusto, y las filas enormes, oscilantes de cirios encendidos, llorando en silencio las lividez de sus ceras. Y rostros graves entre pelucas, hopas y uniformes de toda algarabía. Tras la impresionante y solemne teoría la Capilla de Música. Y el pueblo al fondo. Y voces altas, ascendiendo a los cielos sus preces de rogativa.

En Palacio, desde la vieja portada isabelina, con su aire franciscano, los pajes de S. I., de rodillas, con cera encendida en las manos. Presidiéndolos su Maestro, Don Cristóbal Bencomo, el futuro Arzobispo de

Heraclea y desmembrador del gran Obispado de las Canarias. Ahora, y desde 1780, Maestro de Ceremonias de Palacio y Director espiritual de S. I.

Lentamente, entre luces y cabezas inclinadas, ascendió la Señoría del Chantre. Ministros y familiares verbeneaban por patios y escaleras. En la antesala, el Secretario de la Cámara, Don Antonio de Torres, el poeta de la sátira. El médico y cirujano del señor Obispo Don Joaquín Bello. Su colero, Don Antonio Abad Falcón... Todos, un poco jansenistas y bastante adoloridos. Incluso Bencomo, de quien se decía que andaba inficionado por las nuevas ideas a causa del Secretario Torres, lector y difusor grande de Opstraet, cuyas obras poseía y había facilitado a otro Bencomo, Don Pedro José, para que sirviesen de base a las explicaciones de su cátedra del Seminario.

Y en la Cámara, sobre el lecho, de altas columnas, y cielos, y dosesles; enorme, como la plaza de un villorrio, Don Fray Joaquín, atendido por su pariente. Administrósele la Comunión y quedó tranquilo. Los Santos Oleos quedaron para el último instante.

Mientras, las campanas de todos los templos de la ciudad, andaban por los aires, volados de ruegos. En la Catedral, descubrióse la Virgen de la Antigua, que entonces ocupaba la capilla en que hoy se da culto a Santa Teresa, con su rico retablo, vendido luego a la parroquia de Santa Brigida, y desaparecido en el incendio que consumió el templo, hace años.

En esta capilla, comenzaron los oficios de rogativa. Y en seguida el resto de los templos de la capital los secundó. Mientras, Palacio era acotado por las tropas, según orden del Juez de Espolios y Vacantes.

Por esta época, Palacio no estaba bien visto por ciertas gentes del viejo estilo. Estas gentes tildaban al Secretario Torres de hombre "novelero", es decir, de ideas nuevas y avanzadas. Este clérigo, un tanto arriscado, de lengua mordaz y genio aventurero y enredador, había creado una Academia en los salones episcopales, donde, al igual de Bencomo en su cátedra seminarística, sostuvo la teoría de la falibilidad del Papa; es decir, que su autoridad no era tan absoluta como había quien afirmara. Más arriba del Papa, según estas teorías de escándalo, estaban los Concilios. Con esto sólo hacían revivir los principios que en 1414 hicieron suyos los teólogos franceses que acaudillaba Person. Y puestos ya en este incontenible resbaladero, llegaban nuestros teólogos insulares a tratar, y no en formas de estricta ortodoxia, tema tan superdelicado como el de la canonización de los Santos...

Y algo poco grato debía existir en la novelería del secretario Torres, ya que espíritu tan poco gazmofío como el de D. Fernando de la Guerra, al juzgarle, juguetón, en una de sus cartas a Viera en unión del venerable Prelado, decía que éste andaba de visita haciendo inocentadas, y su Secretario, versos y disparates.

Con todo este libertinaje de doctrinas, los graves elementos conser-

vadores aguardaban una relajación absoluta de las costumbres... que no se hizo esperar en demasía.

A pesar del expurgo famoso que llevó a cabo el Santo Oficio en la Biblioteca lagunera del Marqués de Villanueva del Prado, en 1781 la Inquisición provincial, al dar cuenta a la Suprema, le hacía saber que la Nobleza y el alto y mediano clero, e incluso los catedráticos del Seminario, estaban entregados de lleno a estas libertosas concepciones del pensamiento: a las más libres máximas del impío Voltaire. Llegando aquellos profesores a caer en la aberración de dictarlas a sus discípulos...

Otra de las personas de cierta altura cultural que con Torres y los Bencomo estaba tildado de propagar estas doctrinas, era el franciscano fray Domingo Gordillo, quien amparado y protegido por el primero, regentaba una cátedra en el Seminario, donde residía.

Don Manuel Verdugo y Albiturria proyectaba su atención entera sobre estas Academias de Palacio, e incluso poseía un ejemplar de la perseguidísima obra de Opstraet, que le fué recogido por el Santo Tribunal en 1782. Para recoger el de Torres, se esperó a que regresase, con S. I. de la Visita Pastoral, en que le asistía. Y en lo que respecta al tercer Bencomo, Don Santiago, la Inquisición, con aquella libertad diáfana y despreocupada del concepto, que sabía hallar cuando le convenía, opinaba que, teniendo en cuenta su corta literatura, lo mejor sería retirarle las licencias que para leer libros prohibidos disfrutaba, y que maldita la falta que le hacían.

Y en lo que al centro de todo este enredo respecta—el Secretario Torres—, se ordenó por la suprema fuese severamente reprendido por el Inquisidor más antiguo y ante el Secretario del Secreto. Otro personaje—fray Rodrigo Raymond—enredado en el mismo asunto, corrió la propia suerte infelice.

Pero otro Raymond, fray Antonio, el célebre y volteriano "Pintado", monje agustino natural de Gáldar, y que a más de tener literatura casi excesiva, tenía una gracia pícaro y traviesa, y un buen humor que a ratos y desenfadadamente traspasaban los límites de toda conveniencia, se encargó de vengar, años después, el ultraje que a su apellido infligiera el Tribunal. En 1786, "El Pintado" asistió en Roma al Capítulo General de su Orden. Y por lo que luego pudo verse, aquellos polvos trajeron los lodos consiguientes. Ya digo el clásico que "Roma veanta"...

En Roma solicitó y obtuvo del Pontífice la autorización precisa para besarle la zapatilla. Y de paso, para que todo ello no quedase reducido a mera fórmula, pidióle al Sucesor de San Pedro, que aparecía cuidadosamente peinado con arreglo a la moda de la Francia de los Luises, licencia para lectura de libros prohibidos, que Su Santidad le concedió. Al año siguiente, ya en Canaria, quiso pasar a Tenerife, donde tenía por amiga a la aristocracia pensante de la época, residente toda en Nivaria. La de Canaria hacía tiempo que había abandonado esta costumbre, por obra y gracia de su nulo comercio y del exceso de toda laya de Tribunales coercitivos con que el cielo la adornara.

La alegre y afrancesada sociedad aristocrática de Tenerife poseía y circulaba gran número de obras modernas, prohibidas por los señores de la Cruz Verde, y que aquí en Canaria no podían verse ni por los forros. Mas, al pedir a la Inquisición canaria que revalidase el permiso papal, ésta creyó pertinente consultar con la Suprema el caso, y le hacía saber en su informe que no se debía conceder dicho privilegio, porque el fraile Raymond era de espíritu bullicioso y vida poco arreglada. Es decir—decían ellos—, de los del tiempo; franco en hablar; muy apasionado de los libros franceses y fácil en proferir proposiciones y en sembrar doctrinas desmoralizadoras. Terminaban su informe los señores, diciendo que Raymond había estado encausado por el Tribunal entre 1775 y 77 por los delitos que arriba enunciaban.

Todo ese cúmulo delictivo pudieron los Inquisidores adicionarlo con el suceso "del alma en pena", la estupendísima farsa que representó el alegre y diabólico Raymond en La Laguna con dos lindas costureritas, algo más que cortejables que unidas a otro doncel se aparecieron a cierto pecado, tacaño y miedoso fraile lagunero, más inocente que el cirio pascual, pidiendo abonase en buenos ducados el precio de cierta virginidad que el alma penante había descabalado a su paso por la tierra... El alma parlante, que lo hacía a ratos en correctísimo latino, con frases y parrafadas de perfecto encaje, era el mismísimo Raymond. Y todo esto en medio de un tremebundo aparato de espeluznantes ayes, chillidos, misereres y arrastrar de cadenas, hasta que el frailito motilón sudó la plata, que era lo que aquella truhanería pícaro y estudiantil buscaba...

Y este asunto de amor y picaresca pudo ver junto a sí otro, poco conocido en detalle por nosotros, pero que según don Fernando de la Guerra era asunto digno de Meliére, y de nadie más. En él, también se vió envuelto fray Rodrigo. Fué en Tenerife y en sus verdes años, 1773. Estaba allí por una de sus tantas diabluras, desterrado en Garachico. Y aun sin saber su exacta participación, se vió enredado en un escandalosísimo asunto que Don Gasparito de Ponte, afortunado Don Juan de su época, tuvo con una Catalina Prieto. Y todo el argumento con sus personajes y accesorios era el que maravillaba, por su gracia picante y afrancesada al Marqués consorte de San Andrés.

Pero todo esto no puede maravillarnos demasiado en una época en que, según el pudibundo y aprovechado vizcaíno Don Domingo Galdós, Receptor de Caudales del Santo Oficio, el mismísimo Regente de la Audiencia, Don Juan López Altamirano, y el otro Raymond, Don Rodrigo, Bibliotecario de S. I. (1) leían públicamente y propagaban, casi tan pú-

(1) Se trataba de la Biblioteca del Seminario, formada con los fondos dejados a su expulsión por los regulares de la Compañía. A ellos hubo de añadirse los dejados por el señor Obispo Cervera, quien nombró a Don Rodrigo Raymond por su primer bibliotecario. Los libros prohibidos, por no tener el Seminario autorización para poseerlos, fueron colocados entretanto, por el Juez de Espolios, en lo alto de un estante perfectamente empaquetados.

blicamente como las leían, las obras del nefando Voltaire y del resto de enciclopedistas. Llegó a tanto la boga de los nuevos pensamientos, que por 1787, en ocasión de verse en la Audiencia un pleito que los frailes de San Francisco de Canaria sostenían con un desventurado censualista, el Regente Altamirano barbotó:

—¡Miren ahora los frailes con lo que se vienen! Yo quisiera ponerles cuatro cañones y arrasarlos el convento.

Y en esta poco evangélica tarea, amén de en otras, le ayudaba su cultivada señora, la Regenta. Y aunque parece que el carácter de Don Juan era pendenciero y amigo de la bronca, algo debía de tener el ambiente para que tan por lo alto echara los pies. Con el Comandante General del Archipiélago, Branciforte, sostuvo nada menos que catorce litigios. Y, como era de esperar, la Inquisición procedió en su contra, por libertino.

Como decíamos, al mediodía del 14 de diciembre de 1783, entró en sus últimos instantes el Obispo Herrera. Sintió algo así como un despeño, que le puso en los umbrales mismos de la vida eterna. Y se le oleó. Abrió los ojos con dulzura. Comprendió que todo era finito y sonrió con una suave, angelical tristeza. Despidióse de todos, con pálida voz; sosegado, de desasido cariño. Y perdió el conocimiento. Ya, para siempre.

Expiró a las diez y diez minutos de la noche. Tenía setenta y ocho años de edad y cuatro de pontificado. En vida, fué su aspecto de regular altura, enjuto y doblado. Blanca la color y coloradas las mejillas, como las pomas olientes de su tierrina. Tenía empaque venerable, henchido de majestuosidad; conversación alegre, sencilla, y en ocasiones, con chiste. Y una modestia invariable, aun para los actos más ceremoniosos y estirados.

Convocado con toda urgencia el Cabildo eclesiástico, acordó con toda urgencia, aquella misma noche, a las diez y media, declarar la sede vacante y ordenar por ello el repique de rúbrica, con la campana del reloj suelta. Al terminar la campana mayor dió cien graves y pausados toques. Luego, comenzaron los toques de difuntos, que duraron hasta el alba. En este toque desolado fueron acompañadas por las lenguas de todos los campanarios ciudadanos.

Entre dos luces fué pasado el cuerpo al salón grande, de balconaje a la Plaza Mayor. Iba en ataúd de damasco-rojo, sobre cuatro almohadas de lino, cuajadas de riquísimos encajes. Y la testa venerable, sobre cojín de evocado granate, con fileteadura de oro.

Su Ilustrísima resplandecía, entre toda la episcopal magnificencia. Alba de encajes maravillosos. Casulla de inusitada esplendidez, tejida con el sueño iridiscente de una estupenda lama de plata, que lucía sus propias armas entretejidas, bordeada de ancho festón de oro puro. Gran

Mitra. Guantes de bordada seda. Anillo y pectoral deslumbrantes. Zapatos de seda. Un Crucifijo de plata sobredorada entre las manos, como hostias. Y sobre las rodillas, la enorme teja episcopal de morado tafetán de seda.

Una gran mesa, vestida de damasco carmesí, aguardaba al ataúd. Frontal de negro terciopelo, con flecadura y borlones de oro. Y entre el féretro y la mesa, el simbolismo de cuatro grandes almohadas de damasco, Nada de cuelgas funerales en la estancia, cosa que no pareció bien a ciertos espíritus de etiqueta. La cuadrería en las paredes, asistiendo inmutables al acto Santos y Prelados. Cortinas de brocatel rojo por puertas y ventanas. Y, ardiendo, seis cirios, de nueve libras de peso cada uno.

Terminóse la presentación del imponente aparato y comenzaron los desfiles. Primero, las Comunidades. Cada una, gravemente, hizo la Encomendación del Alma. Luego, el Clero secular. A la tarde, igual desfile, —acrecentado a lo largo del día por toda la ciudad—. Cantó vísperas San Agustín, y los dos primeros nocturnos; San Francisco entonó el tercero, y terminaron con lo que faltaba de los oficios los monjes de Santo Domingo.

A las cuatro, revestido lujosa y severamente de capas corales, llegó el Cabildo en pleno. Asistiéndole, los seminaristas y todos los clérigos estantes en la ciudad, tanto seculares como regulares, que formaban nube de bíblico espesor. Precedía al inmenso cortejo, la Hermandad del Santísimo Sacramento, previa autorización del Cabildo, y como homenaje al Prelado difunto, que había sido su instaurador. Y para más clara honra, llevaba el estandarte nuevo.

Así arribó a Palacio la comitiva. Empezaba el acto final. Las partes principales se dispusieron en el gran salón de la Silla, en esta forma: la Hermandad del Santísimo, entre el féretro y los blandones, y el Cabildo entre estos y la pared. Dispuesto ya todo, comenzó el "siniquitates" (latín de Romero Ceballos), con Capilla, Coro y Sochantres. Terminado, dió comienzo la procesión.

Una inmensa teoría, goyesca y humeante. Primero, veinte y cuatro pobres de solemnidad, con hachas encendidas. La Hermandad del Santísimo luego. Manga de Cruz en negro terciopelo y el sollozo barroco de unos ciriales de plata enormes, de labra de martillo. A continuación, y en dos alas, las religiones. Luego, los clérigos seculares. El Cabildo, con el Chantre, revestido de velludo negro; esta dignidad sustitufía las de Deán y Arcediano, vacantes por muerte del Arcediano titular y Deán electo, Don José Marcos Verdugo. Cerraba, el Cabildo de la ciudad, que de la forma más fúnebre y solemne venía, bajo mazas, presidiendo el cortejo desde el salón de Palacio.

El desfile, magnífico, debió correr este itinerario: Plaza Mayor a

(2) "Si iniquitates". Comienzo de la Antífona que entona el Preste que oficia en los entierros antes de alzar el cadáver. Versículo III del Salmo 129 del "De Profundis".

dar a la Ermita del Espíritu Santo. De allí, por la calle del Colegio abajo, hasta la esquina del Palacio de Vega Grande de Guadalupe. De este; a la plazuela del Pilar nuevo, y tomando a través de los Alamos el callejón de San Martín, arribar a la Catedral por su flanco norte.

Mas, en el instante de ordenarse la concurrencia, una lluvia suave y empapadora—el “orbayu” astur—, quiso sumarse al desfile y malagró su espectacularidad macabra. Todo se redujo a un acelerado paseo en torno a la Plaza Mayor. Y entre tan enorme concurrencia que no se podía romper por ella.

En el Pavimento aguardaba una tarima de dos gradas. Sobre ella, un túmulo de vara y media de alto, cubierto por terciopelo rojo, con golpes de oro. Cuatro almohadones de damasco, sobre los que fué colocado, con el rostro hacia el pueblo, el féretro, descubierto. Cuarenta y dos cirios ardían en torno al cadáver. Y encuadrando la visión, diez y ocho enormes hachas de cera. Era tan grandioso e imponente el efecto, que para gozarlo en su integridad desde el Coro, hizo el Cabildo que fuesealzada, el doble, la gran lámpara de plata. Tarea difícil, y que solo en rarísimas ocasiones se había efectuado.

Y en los cielos, Valdés Leal se consumía en deseos de retorno.

Por todos los altares del gran templo, luces en profusión. En el Mayor, paramentos y frontal negros. La Capilla entonó el “Liberame”. El ataúd había sido transportado desde Palacio a hombros de seis capellanes de Coro. Y, poniendo las manos dos Dignidades, dos canónigos y dos racioneros. Así fué conducido hasta la sepultura, abierta en el antiguo presbiterio, por el lado del Evangelio.

Acabaron los oficios. Solemne, lentamente, fué despojado del Anillo, Pectoral, Mitra y Sombrero. Se le extrajo del rico ataúd de damasco —¡Vanidad; todo, sólo Vanidad!—, y se le depositó en una sórdida media caja. Se tapó, y así descendió a su pudridero la materia humana que hasta ayer había sido Obispo de Canarias con el nombre de Don Fray Joaquín de Herrera, O. S. B. Por sus pies fueron colocados los huesos de dos antecesores suyos en la Mitra de las Islas: Virués y Torres.

Al día siguiente, ante catafalco de oro y tisú, Misa de Requiem. Lucía el artefacto las insignias episcopales. Y el Ayuntamiento presidía. A lo largo de toda la noche del 8, dobles de muerto en las campanas. El 9, con la misma presidencia, sin maceros, Misa de gran aparato funerario. Predicó el elogio el señor Magistral Don Luis Gonzaga de la Encina y Perla, futuro Obispo de Arequipa. Desde el alba, por todas las capillas del templo venían celebrando las comunidades. Los dominicos, en la Anglúa. En San Gregorio, los franciscanos, y en San Pedro, los de San Agustín. Y todos, al unísono.

Cumplidos así sus deberes de ceremonia, el Cabildo zanjó el pleito que la Mitra—mejor, el Secretario Torres—sostenía con el convento de la Concepción bernarda. Ordenó la elección de Abadesa, que se llevó a cabo el 16 del mismo mes. Y para no ahondar discordias, a la Abadesa cesante, que estaba amparada por el difunto Obispo, contra la sostenida

por la Comunidad, se la hizo presidenta. "Del mal, el menos", dirían las retrincadas ovejuelas. Pasemos todas felices pascuas y lo que fuere sonará.

Otras cosas sucedieron por estos años en el recodo transformador que el tiempo enfilaba en las islas. Tiempo de giros nuevos, acusadores, desconcertantes, para los viejos principios consagrados.

El Magistral Encina, inteligente, moderno, jansenista predica en la Catedral, en 9 de Abril de 1785, su—y para los ultramontanos, herético—sermón sobre idolatría en el culto a la Virgen del Pino. Una monja, Sor Doña Antonia de San Vicente Muxica, huye de su convento—el de Santa Clara—, y busca el sagrado de la Catedral. El Cabildo, sede vacante—17 de Marzo de 1784—acordó ampararla. Y andando el tiempo, este pleito de escándalo trae el destierro a Tenerife del defensor de la clarisa fugitiva, Don Nicolás de Viera y Clavijo.

Como contrapeso, un jabeque aportó a Canaria el 21 de Abril de 1784. Venía de Cádiz y traía a su bordo el rostrillo de brillantes magníficos, encargado a Madrid para la Virgen de Teror, y que estrenó al siguiente día en la procesión general celebrada en la ciudad—donde se hallaba la imagen—, con el traje nuevo, regalo del difunto Prelado. Formaba parte del terno completo "de los pinos", famoso por su riqueza.

Y nos llega también nuevo Pastor. Don Antonio Martínez de la Plaza, desembarcado en 21 de Agosto del mismo año a bordo de la nao de guerra que venía a buscar la plata a Tenerife. Y se produjeron los sencillos diocesanos con tanto júbilo, demostrado y directo, que tuvo que escoltar a Su Ilustrísima un piquete de milicias desde el Puerto a la ciudad.

NESTOR ALAMO.

